

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
ISSN: 0213-4381 e-ISSN: 2605-3012

Volumen XXXVIII
Enero-Junio 2022
Número 73

SUMARIO

ARTÍCULOS

Pedro Riquelme Oliva

La Iglesia de Murcia, reducto de catolicidad en el Sexenio Democrático español (1868-1874)..... 1-32

Gloria Silvana Elías

La persona humana: el aporte de Juan Duns Escoto..... 33-51

Álvaro Pereira Delgado

Aproximación bíblica a la experiencia del miedo..... 53-75

Jon Mentxakatorre Odriozola

Subcreator: antropología lingüística y physis entre Adán y Tolkien..... 77-98

Ludmila B. Maevskaya & Khaisam Muhammad Aga

Development of Ibn Taymiyyah's ideas in the works of Sayyid Qutb (1906-1966).... 99-110

Martín Carbajo Núñez

Education and Integral Ecology. The Role of Family, Spirituality and University.... 111-128

João Manuel Duque

Catolicismo, Modernidade e Pós-Modernidade..... 129-142

Verónica Murillo Gallegos

Escotismo en Nueva España: ley natural y evangelización..... 143-161

Álvaro Roca Palop

La posibilidad de recuperar la inocencia de todo hombre..... 163-186

Claudio César Calabrese - Fernando Brambila - Eduardo de la Vega Segura - Anthony Torres Hernández

Energía y medio ambiente. Una mirada desde la Encíclica Laudato Si'..... 187-204

Jesús Sánchez-Camacho – José David Urchaga-Litago – Ninfa Watt

Reforma educativa en el tardofranquismo. Una mirada desde el periodismo religioso de la revista Vida Nueva..... 205-221

NOTAS Y COMENTARIOS

Ángel J. Navarro Guareño – Anna de Montserrat Vallvè – Eloi Aran Sala - Francesc Xavier Marín Torné - Anna Eva Jarabo Fidalgo

Los lugares de culto como experiencia educativa (I): Fundamentación pedagógica. La Basílica de la Sagrada Familia de Barcelona, un ejemplo paradigmático..... 223-238

DOCUMENTA

Francisco Gómez Ortín

Bio-bibliografía de Miguel Palao Rico..... 239-243

BIBLIOGRAFÍA..... 245-284

LIBROS RECIBIDOS..... 285-286

CARTHAGINENSIA

ISSN 0213-4381 e-ISSN 2605-3012
<http://www.revistacarthaginensia.com>
e-mail: carthaginensia@itmfranciscano.org



Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
Pza. Beato Andrés Hibernón, 3
E-30001 MURCIA

CARTHAGINENSIA fue fundada en 1985 como órgano de expresión cultural y científica del Instituto Teológico de Murcia O.F.M., Centro Agregado a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Antonianum (Roma). El contenido de la Revista abarca las diversas áreas de conocimiento que se imparten en este Centro: Teología, Filosofía, Historia eclesial y franciscana de España y América, Franciscanismo, humanismo y pensamiento cristiano, y cuestiones actuales en el campo del ecumenismo, ética, moral, derecho, antropología, etc.

Director / Editor

Bernardo Pérez Andreo (Instituto Teológico de Murcia, España)
Correo-e: carthaginensia@itmfranciscano.org

Secretario / Secretary

Miguel Ángel Escribano Arráez (Instituto Teológico de Murcia, España)
Correo-e: carthaginensia@itmfranciscano.org

Staff técnico / Technical Staff

Juan Diego Ortín García (corrección de estilo), Carmen López Espejo (revisión filológica), Esther Costa Noguera (traducciones), Domingo Martínez Quiles (gestión de intercambios), Diego Camacho Jiménez (envíos postales).

Consejo Editorial / Editorial Board

Vincenzo Battaglia (Pontificia Università Antoniana, Roma, Italia), Carmen Bernabé Ubieta (Universidad de Deusto, Bilbao, España), Mary Beth Ingham (Franciscan School of Theology, USA), Jorge Costadoat (Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile), Emmanuel Falque (Institut Catholique de Paris, France), Ivan Macut (Universidad de Split, Croacia), Francisco Martínez Fresneda (Instituto Teológico de Murcia, España), Martín Gelabert Ballester (Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia, España), Gertraud Ladner (Institut für Systematische Theologie. Universität Innsbruck, Österreich), Rafael Luciani (Boston College. Boston, Massachusetts. USA), Carmen Márquez Beunza (Universidad Pontificia Comillas, Madrid, España), Pedro Riquelme Oliva (Instituto Teológico de Murcia, España), Thomas Ruster (Fakultät Humanwissenschaften und Theologie, Technische Universität Dormund, Deutschland), Teresa Toldy (Universidade Fernando Pessoa, Portugal) Rafael Sanz Valdivieso (Instituto Teológico de Murcia, España), Jesús A. Valero Matas (Universidad de Valladolid, España), Olga Consuelo Vélez Caro (Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia).

Comité Científico / Scientific Committee

J. Andonegui (Facultad de Filosofía. Universidad del País Vasco. Bilbao. España), M. Correa Casanova (Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile), S. R. da Costa (Instituto Teológico Franciscano. Petrópolis. Brasil), H. J. Klauck (Facultad de Teología. Universidad de Chicago. USA), M. Lázaro Pulido (Facultad de Teología. Universidad Católica de Portugal. Lisboa. Portugal), F. López Bermúdez (Universidad de Murcia. Murcia. España), F. Manns (Facultad de Sagrada Escritura. Pontificia Universidad Antonianum. Jerusalén. Israel), L. C. Mantilla (Facultad de Teología. Universidad de San Buenaventura. Bogotá. Colombia), B. Monroy (Instituto Teológico Franciscano. Monterrey. México), M. P. Moore (Universidad del Salvador. Area San Miguel. Buenos Aires. Argentina), D. Sanchez Meca (Facultad de Filosofía. Universidad Nacional a Distancia (UNED). Madrid. España).

Secretaría y Administración

M. A. Escribano Arráez. Pl. Beato Andrés Hibernón, 3. E-30001 MURCIA.

La suscripción para 2022 es de 40 € para España y Portugal, y 60\$ para el extranjero, incluidos portes. El número suelto o atrasado vale 20 € o 30 \$. Artículos sueltos en PDF 3 € o \$ 5.

Any manuscripts and papers intended for publication in the magazine should be addressed to the Editor at the following address: Cl. Dr. Fleming, 1. E-30003 MURCIA. Single or back issues: 20 € or \$ 30. Single article in PDF 3 € or \$ 5.

Antiguos directores

Fr. Francisco Víctor Sánchez Gil (+2019) 1985-1989. Fr. Francisco Martínez Fresneda, 1990-2016.

D.L.: MU-17/1986

Impresión: Compobell, S.L.

LA POSIBILIDAD DE RECUPERAR LA INOCENCIA DE TODO HOMBRE

THE POSSIBILITY OF RECOVERING EVERY HUMAN'S INNOCENCE

ÁLVARO ROCA PALOP
Facultad de Humanidades
Universidad Francisco de Vitoria
alvarojrocap@gmail.com

Recibido 5 de octubre de 2019 / Aceptado 18 de diciembre de 2019

Resumen: El hombre viene al mundo envuelto en la inocencia. Con el paso del tiempo y el abandono de ciertas actitudes propias de la infancia, el hombre va perdiendo aquella inocencia originaria. ¿Podemos recuperarla realmente? Aunque puede resultar complejo, hay varios indicios que señalan a esta recuperación, no ya para volver al pasado, sino más bien para recuperar del pasado aquello que nos pertenece y es propio de nuestra condición originaria. Ofrecemos, como buen ejemplo, la experiencia de Abraham, quien, a pesar de su edad nonagenaria, al conocer a Dios, mostró signos más propios de un niño que de un anciano. Por ello, Abraham retomó la infancia, esta vez según el Espíritu de Dios, trazando un camino para todos aquellos hijos de Abraham en la fe que, como él, buscan a Dios y, asimismo recuperan la inocencia.

Palabras clave: Inocencia; Infancia; Niño; Abraham; Fe.

Abstract: Humankind comes into the world shrouded in innocence. As time moves on, we abandon certain intrinsic characteristics of our childhood, in other words, man loses progressively that innocence that originated with. Can we actually recover it? Although it can be a complicated process, there are several signs that point towards this recovering, not in order to get back to the past, but rather to recover from the past that which belongs to us and which is an essential part of our original human condition. We provide, as a good example, Abraham's experience, who, despite being ninety years old, when meeting God, he showed signs which apteign more to a child than to an old man. For that reason, Abraham reclaimed his childhood, this time according to the Spirit of God, opening a path for all of his children in the faith who, like him, seek God, and accordingly recover their innocence.

Keywords: Innocence; Childhood; Child; Abraham; Faith.

1. Introducción

Hoy resulta frecuente la pérdida del sentido de la vida, la incomprensión ante ciertos retos que nos visitan inesperadamente y el desconocimiento de la finalidad del hombre, de su *télos*. Sin embargo, para la recta comprensión de lo postrero resulta útil una comprensión, e incluso una reconciliación, con lo primero, con lo originario. A ello nos disponemos en estas páginas, al reencuentro con nuestros tiernos orígenes, aquellos que apenas recordamos y de los cuales sólo conservamos en nuestra memoria algunas privilegiadas anécdotas. Es en esta edad infantil cuando poseemos lo más valioso y que, sin embargo, vamos perdiendo casi sin percatarnos: la inocencia. Huelga decir que no se trata aquí de una vuelta al infantilismo, sino de la recuperación del contacto originario con la vida, y que esta recuperación con nuestro modo de ser originario sólo es posible a partir del encuentro con Cristo¹. Es experiencia común en el género humano desear ser mayor mientras se vive en la infancia, y viene siendo un sentimiento también algo común el querer volver a ser niño –o al menos volver a disfrutar de sus propiedades– cuando ya se es mayor. Por tanto, nuestra pregunta principal es ¿puede el hombre adulto, decepcionado ante sus propios errores y lacerado por las inclemencias y los desengaños de la vida, volver a recuperar aquel estado predilecto de la inocencia? En caso de ser así, ¿cómo se recupera? Ésta es la pregunta que nos embarga y que tratamos de resolver a través del testimonio de la liturgia, de Padres de la Iglesia y de la tradición cristiana.

2. Posesión de la inocencia originaria

Bien conocida por todos es aquella ‘inocencia originaria’ que engalana a cada persona que viene al mundo. Como decía San Juan Pablo II, “es con este concepto con el que la teología define el estado del hombre antes del pecado original”². A pesar de haberse acuñado como término teológico, apelamos a él desde una perspectiva asimismo antropológica. Así pues, se trata de una inocencia infantil que comienza en su grado pleno y que gradual-

¹ Cf. Carl Anderson y José Granados, *Called to Love. Approaching John Paul II's Theology of the Body*, Doubleday, New York 2009; versión castellana: *Llamados al Amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II* (Burgos: Monte Carmelo, 2012²), 9.

² *Catechesis* 16, 3; 30 de enero de 1980. *Hombre y mujer los creó* (Madrid: Cristiandad, 2010²), 130.

mente se va perdiendo. Paradójicamente, aparecemos en la vida desnudos, pero revestidos de esta inocencia que cubre y reviste de forma soberana esta desnudez. Igual de paradójicamente, conforme crecemos y cubrimos nuestra desnudez física, casi proporcionalmente, perdemos aquella vestidura de la inocencia que envolvía nuestro ser.

Mencionar la desnudez nos obliga a hablar de la infancia del hombre, pues así, desnudo, es como el hombre se presenta en este mundo. Efectivamente, como dijo un cartaginés: desnudo y sin vestido salió el hombre de las manos que le formaron³, pero envuelto en un estado infantil y de inocencia pura, abrigado por un vestido de santidad, de acuerdo con la teología antioquena de los primeros siglos cristianos. Esta teología gustaba de presentar a Adán y Eva como niños con aquellas cualidades que orlan la infancia⁴. En atención a uno de los versículos nucleares del Génesis⁵, San Ireneo explica:

Y Adán y Eva, pues así se llamaba la mujer, estaban desnudos y no sentían vergüenza, porque su mentalidad era inocente e infantil y no brotaban en ellos imaginaciones y pensamientos atizados por el mal. De hecho, vivían en estado de integridad, conservando su propia naturaleza, porque lo inspirado en el plasma era un soplo de vida. Ahora bien, mientras dura y persevera aquel soplo, en su orden y con su vigor, no es posible entender y concebir cosas abyectas. Por eso no sentían vergüenza al besarse y abrazarse con la inocencia más infantil⁶.

Ante este versículo (Gn 2, 25), S. Juan Pablo II afirma que esta ausencia de vergüenza no expresa una carencia, sino más bien “una particular plenitud de conciencia y de experiencia, sobre todo la plenitud de comprensión del

³ Cfr. Tertuliano, *De Pallio* 3, 4. Ed. por Marie Turcan (Lyon: Sources Chétiennes 513, 2007), 126.128: “[Homo] nudus certe et inuestis figulo suo constitit”.

⁴ Cfr. Teófilo de Antioquía, *Ad Autolyicum* II, 25. Ed. por José Pablo Martín (Madrid: Ciudad Nueva, Fuentes Patristicas 16, 2004): (ὁδε Ἀδὰμ ἔτη νήπιος ἦν); Procopio de Gaza, *In Genesim*, 2, 8, 9: PG 87, 164BC (ὁ δὲ Ἀδὰμ νήπιος ἦν); cfr. también c. 2, 25: PG 87, 180AB; Antonio Orbe, *Antropología de San Ireneo* (Madrid: BAC, 1969), 210-218.

⁵ Gn 2, 25: “Estaban ambos desnudos, el hombre y la mujer, pero no se avergonzaban el uno del otro”.

⁶ San Ireneo, *Epideixis* 14. Ed. por Eugenio Romero Pose (Madrid, Ciudad Nueva, Fuentes Patristicas 2, 20012). A. Orbe apostilla el fragmento ireneano diciendo: “Lo que normalmente entre adultos daría lugar a deseos y actos voluptuosos cumpliase en la más exquisita inocencia”, *Antropología de San Ireneo*, 215.

significado del cuerpo, vinculada al hecho de que «estaban desnudos»⁷. Por eso, la desnudez estaba justificada antes de la caída, en la primera etapa existencial del hombre, así como también está permitida y se ve con buenos ojos hoy en los niños pequeños que, en la inocencia de su primera etapa vital, en la génesis de su existencia, todavía no entienden de vergüenza y pudor y no experimentan la necesidad adulta de taparse. De este modo, no era maligna la desnudez primera, era símbolo del don de Dios. Lo que tenía de bueno aquella desnudez es que estaba contextualizada en el régimen del Paraíso, un régimen de inocencia y de amistad con Dios. Pero, ¿por qué insistía aquella teología antioquina en presentar a los primeros hombres bajo una condición infantil? Simplemente porque este estado paradisiaco se asemeja al estado infantil, en el que los niños pueden encontrarse desnudos de atuendos, pero revestidos de inocencia; el Paraíso designa la primera fase de la existencia humana en la que todavía el hombre no ha experimentado ningún desorden sexual o de rebeldía o de cualquier otro calibre, y en esto se asemeja a los pequeños. Es una imagen que bien podemos comprender, pues todavía hoy se actualiza en cada crío, que conserva la inocencia propia de la tierna edad⁸.

Pero vemos que esta carencia de sentimiento de desnudez tiene gran relación con la vivencia de la sexualidad, así como con la vivencia o no del pecado:

En el niño duerme el instinto sexual o, mejor dicho, duerme en su forma sexual agresiva, por lo que el niño es cándido e inocente. En la época de la madurez despierta el instinto y suprime la candidez infantil. El joven entra entonces en contradicción con las enseñanzas que le ha proporcionado la educación y con las autoridades de las que hasta entonces no ha dudado. Cae en una situación de oposición que se expresa en rebeldía o en disimulo. Luego evoluciona hacia el comportamiento del adulto y experimenta los gozos, pero también los conflictos derivados de su condición sexuada... Y cuando después de todo esto vuelve la vista atrás, la infancia ya irremediablemente perdida le parece inocente y envuelta en una plenitud vital sin carencias⁹.

⁷ *Catechesis* 12, 2; 19 de diciembre de 1979. *Hombre y mujer los creó*, 111.

⁸ Cfr. San Ambrosio, *De Abraham* I, 39. Trad. por Primitivo Tineo Tineo (Madrid: Ciudad Nueva, Biblioteca Patrística 84, 2011): “puero, qui innocentiam tenerae servet aetatis”.

⁹ Romano Guardini, *Ética. Lecciones en la Universidad de Munich*. Trad. por Daniel Romero y Carlos Díaz (Madrid: BAC, 1999), 877.

Toda la trama se desarrolla en un proceso con el siguiente orden: inocencia originaria, candidez, sexualidad transparente, pecado, vergüenza, sentimiento de desnudez, pudor, vestimenta.

3. Pérdida de la inocencia por el pecado

El cambio se deja notar a partir del pecado, afectando a lo antropológico y a lo moral. El pecado aparta esta condición de santidad, pureza, inocencia, simpleza, limpieza, ternura, transparencia, nobleza, ilusión por la vida, gusto por la obediencia, propias del niño. Así se entiende mejor aquel consejo que recibió Hermas: “Sé sencillo e inocente (ἄκακος), y serás como los niños (ὡς τὰ νήπια), que no conocen la maldad que destruye la vida de los hombres”¹⁰. Asimismo, el pecado introduce notas características del adulto y especialmente del anciano, tales como la vergüenza, la privación, la doblez, el desencanto, la desesperanza, el resabio, el egoísmo, la intemperancia, las pocas ganas de vivir, etc. Así también se entiende que Dios quisiera “que el hombre permaneciera el mayor tiempo posible en su infancia, simple e inocente. Porque es cosa santa, no solamente ante Dios sino también ante los hombres, someterse a los padres en simplicidad y sin malicia”¹¹. Por esto, San Ireneo anota que Adán, después de pecar, “había perdido el carácter y pensamiento infantil”¹². Clemente de Alejandría, a pesar de no participar apenas de aquella teología propiamente antioquena, coincide en este punto ilustrándolo con este tránsito de la infancia a la adultez por el pecado:

Cuando el primer hombre jugó libre en el paraíso, todavía era un *niño de Dios* (παιδίον ἦν τοῦ θεοῦ)¹³; pero cuando cayó en el placer se dejó arrastrar por sus deseos, y el niño, por su desobediencia, se convirtió en adulto

¹⁰ *El Pastor de Hermas*, Mand. II, 1. Ed. por J. J. Ayán, (Madrid: Ciudad Nueva, Fuentes Patrísticas 6, 1995).

¹¹ Teófilo de Antioquía, *Ad Autolycum* II, 25, 4. El antioqueno pone el énfasis del pecado en la gravedad de la desobediencia.

¹² *Adversus haereses* III, 23, 5. Ed. por A. Rousseau y L. Doutreleau (Paris: Cerf, Sources Chrétiennes 211, 1974).

¹³ Aunque el editor lo traduce como “niño de Dios”, el término παιδίον le da un giro a παις hacia una significación algo más diminutiva.

y rehusando la obediencia del Padre deshonró a Dios. ¡Tanto pudo un placer!
Y el hombre, libre por su sencillez, se encontró esclavizado por los pecados¹⁴.

De modo que fue al pecar cuando el hombre sintió desnudez y vergüenza, y quiso vestirse por vías ilegítimas con lo primero que tomó a mano. Filón de Alejandría comenta que aquel pecado “los hizo pasar de inmediato a ambos de la inocencia y simplicidad de los caracteres a la maldad”¹⁵. Adán, consciente de su pecado, quiso hacer penitencia a través de hojas molestas al cuerpo para cubrirse. Tampoco quería Dios aquellas hojas de higuera como indigna vestimenta para el hombre¹⁶. Así, San Ireneo comenta que aquel acto hizo a Adán perder su modo de ser y su ingenuidad (= inocencia) de niño para volver su mente al mal. Acto seguido, el obispo de Lyon expresaba lo que sería el pensamiento reflexivo *ad intra* de Adán:

Puesto que, por la desobediencia, perdí el vestido de santidad que había recibido del Espíritu, ahora sé también que merezco tal atuendo, que no aporta deleite alguno al cuerpo sino que lo mortifica y zahiere. Y sin duda él habría conservado siempre esta indumentaria, humillándose a sí mismo, si el Señor, que es misericordioso, no los hubiera vestido con túnicas de pieles en lugar de las hojas de higuera¹⁷.

¹⁴ *Protréptico* XI, 111, 1. Ed. por Marcelo Merino Rodríguez (Madrid: Ciudad Nueva, Fuentes Patristicas 21, 2008). Según el editor, para Clemente de Alejandría, el primer pecado no consistió en el ejercicio de la sexualidad humana cuanto en su ejercicio prematuro, cfr. p. 307, nota 1.

¹⁵ *De opificio mundi* 55; *Philonis Alexandriani, Libellus De Opificio mundi*. Ed. por Leopoldus Cohn (Vratislaviae: 1889), 60: καὶ τοῦτ' ἐξαπιναῖος ἀμφοτέρους ἐξ ἀκακίας καὶ ἀπλότητος ἠθῶν εἰς πανουργίαν μετέβαλεν; cf. *Filón de Alejandría. Obras completas*, vol. I. Trad. por Francisco Lisi. Ed. por José Pablo Martín (Madrid: Trotta, 2009), 153.

¹⁶ Cf. *Gn* 3, 7.

¹⁷ *Adversus haereses* III, 23, 5. La interpretación sobre *Gn* 3, 21 (= túnicas de piel: *dermatinoi chitones*) tuvo una importancia peculiar en la especulación antropológica de la antigüedad cristiana. Sectores gnósticos, especialmente valentinianos, lo interpretaron a su modo. De modo similar, círculos próximos al neoplatonismo tomaban aquellas túnicas de piel como vestido carnal, piel material, asociándolas al cuerpo, cfr. Filón de Alejandría, *Quaestiones et solutiones in Genesim* I, 53; Porfirio, *De abstinentia* I, 31, 3; II, 46, 1; Pedro Langa, “Antropología patristica en los relatos de la Creación”, *Masculinidad y feminidad en la Patristica*, Ed. por Domingo Ramos-Lissón, Pedro-Juan Viladrich y Javier Escrivá-Ivars (Pamplona: Instituto de Ciencias para la Familia y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1989) 216-218.

Como se puede apreciar, el pecado radicalizó la desnudez del hombre para mal y la convirtió en desnudez pobre e indigna de la criatura amada por Dios. Pudiera decirse incluso que el pecado suprimió la primera desnudez (noble) e introdujo una segunda desnudez, la que desproveía al hombre de su condición originaria de inocencia y de amistad con Dios. La única forma de volver a vestir a Adán desnudo era que el segundo Adán se revistiera de la condición del primer Adán, esto es, de niñez y de desnudez, es decir, que se desvistiera de su condición divina y tomara la naturaleza desnuda y pobre de aquél que cayó. San Ambrosio lo describe:

Victus est Adam qui uestimenta quaesiuit, uicit ille qui tegimenta deposuit. Et talis ascendit quales nos auctore deo natura formauit. Talis in paradiso homo primus habitauerat, talis ad paradisum homo secundus intrauit¹⁸.

Adán, que fue a buscar el vestido¹⁹, fue vencido, mientras que el vencedor es Aquél que se despojó de sus vestidos. Él subió con la misma realidad con la que la naturaleza nos había formado bajo la acción de Dios. Así había vivido el primer hombre en el paraíso, y así también entró el segundo hombre al paraíso.

Acontecido todo de este modo, no se puede aprobar la actual pretensión moderna entremezclada de ingenuidad, mordacidad y parodia de volver al estado edénico, promoviendo la desnudez física y arguyendo que es necesaria para no sentir vergüenza de nuestros cuerpos, pues “como creados son buenos y no habría por qué taparlos” –se suele argumentar en base a la ignorancia–. La sed por la vuelta a los orígenes es algo patente en todas las generaciones, pero no siempre se gestiona adecuadamente ese retorno. Precisamente este es el programa electoral de la Ilustración: procurar una “fraternidad universal” alterando los principios universales e intentando retornarnos a la naturaleza no distorsionada²⁰. Ciertamente esta promesa ilustrada no tiene en cuenta la realidad del pecado original, lo cual la hace, cuanto menos, ilusa.

¹⁸ *Expositio in Lucam* 10, 110. Trad. por Manuel Garrido Bonaño (Madrid: BAC, 1966).

¹⁹ Cf. *Gn* 3, 7.

²⁰ Cf. Eugenio Romero Pose, *Raíces cristianas de Europa*, (Madrid: San Pablo, 2006²), 93-94.

4. Reorientación hacia la inocencia primera

Sin embargo, no somos niños ni poseemos la inocencia primordial, sino que nos dirigimos a recuperarla. Mucho se ha escrito sobre la pérdida de la inocencia, en cambio, casi nada sobre su recuperación; tampoco es preciso escribir mucho para decir lo necesario. Y he aquí de nuevo nuestra gran pregunta: ¿realmente se puede recuperar la inocencia? Alguien (ilustrado) reirá con ironía ante la aparente imposibilidad de una respuesta afirmativa. Sin embargo, encontramos que en la liturgia la Iglesia lo pide a Dios en una oración colecta de Pascua, y cuando algo se pide legítimamente es porque se puede recibir y el dador lo puede conceder:

Oh Dios, que amas la inocencia y la devuelves a quienes la han perdido; atrae hacia ti el corazón de tus fieles, para que siempre vivan a la luz de tu verdad los que han sido librados de las tinieblas del error²¹.

Y como hemos visto, la Iglesia pide (recuperar) esta inocencia primera. Pero esto de la inocencia no es simplemente una petición del hombre a Dios, sino además una exigencia de Dios al hombre. Según Lactancio, Dios está muy interesado en la inocencia del hombre, y resulta incongruente que entre los deseos de Dios figuren imposibles: “Nihil enim sancta et singularis illa maiestas aliud ab homine desiderat, quam solam innocentiam”²². El Inocente²³ por antonomasia desea la misma inocencia en el hombre y le ayuda a conservarla y/o a recuperarla a pesar de que el hombre –cada vez más viejo en edad y en candor– se encuentre cada vez más alejado de dicha inocencia y de su niñez. Por ello, de nuevo Lactancio considera que “entre las más grandes virtudes del hombre se encuentra la inocencia”²⁴, quizás no tanto por virtud y mérito humano cuanto por atributo divino.

²¹ Oración colecta del V Miércoles de Pascua.

²² *Instituciones divinas* VI, 1, 4: PL 6, 635: “Efectivamente, esa santa y única majestad no desea del hombre otra cosa que la inocencia”. Lactancio habla en un contexto para presentarse al culto, pero se puede extender perfectamente al ámbito general de la vida humana.

²³ Cfr. Romano el Melode, *Himno* XII, 1; XV, 19. Trad. por Marcelo Merino Rodríguez (Madrid: Ciudad Nueva, Biblioteca Patrística 91, 2012).

²⁴ *Instituciones divinas* V, 17, 31. Trad. por E. Sánchez Salor (Madrid: Biblioteca Clásica Gredos 137, 1990).

Así es, el Autor de la inocencia la posee como connatural y esencial a su Ser²⁵ y generosamente la concede a quien humildemente la pide. En los primeros siglos se expuso mucho sobre la inocencia de Dios y de los cristianos²⁶, hasta el punto de confesar a Dios como *innocentiae magistrum*²⁷ (maestro de la inocencia), y presentar a los cristianos como los (únicos) que han aprendido la inocencia del mismo Dios como revelada por un maestro perfecto²⁸.

Sin embargo, no nos entretenemos en esta inocencia bajo la acepción del *innocens* ο ἀθῶός que no ha protagonizado ningún mal (ἀκακία), aquél que prefiere sufrir el mal a provocarlo. Más bien, queremos orientar la cuestión por la inocencia propia del niño pequeño (*infans, parvulus, νήπιος, παῖς*), pues los niños (*pueri*)²⁹ son criaturas nuevas cuya infancia posee una gracia única, una totalidad, una primeridad³⁰, aunque bien es cierto que ambas acepciones están vinculadas de manera naturalísima. Se trata, esta última, de una inocencia que traspasa la dimensión moral adentrándose en la dimensión antropológica e histórica. Ésta es la que defendemos que se puede recuperar.

Pero esta exigencia de Dios al hombre sobre la inocencia estaría fuera de lugar si Dios no hubiera pasado por hacerse un niño en la Encarnación. Y no únicamente el misterio de la Encarnación anuncia a Dios hecho niño, sino que hay quien, fiel a su estilo, se ha atrevido a señalar con creatividad el procedimiento y esencia eternamente infantil del Dios que nunca se cansa de lo bello, así como los niños nunca se cansan de su juego:

El sol sale todas las mañanas. Yo, en cambio, no puedo decir que me levanto todas las mañanas; pero la variación no se debe tanto a mi actividad, cuanto a mi inactividad. Y, para decirlo con sencillez, posible es que salga

²⁵ Cfr. San Cipriano de Cartago, *De bono patientiae* 7. Ed. por Juan Antonio Gil Tamayo (Madrid: BAC, 2013), 350-351: “Ille innocens, ille iustus, immo innocentia ipse et ipse iustitia”.

²⁶ Cf. Patricio de Navascués Benlloch, «Inocencia en los orígenes del cristianismo africano», *Almogaren* 54, (2014 junio), 21-39.

²⁷ Tertuliano, *Apologeticum* 40, 10. Trad. por Julio Andiñ Marán (Madrid: Ciudad Nueva, Biblioteca Patristica 38, 1997).

²⁸ Cfr. Id., 45, 1: «Innocentiam a deo edocti et perfecte eam novimus, ut a perfecto magistro revelatam, et fideliter custodimus».

²⁹ Cfr. San Isidoro de Sevilla, *Etimologías* XI, 2, 10. Ed. por José Oroz Reta y Manuel-A. Marcos Casquero (Madrid: BAC, 2004) 872-873: “Puer (niño) deriva de *puritas* porque todavía es puro”.

³⁰ Cfr. Charles Péguy, *Le mystère des Saints Innocents*; versión castellana: *El misterio de los Santos Inocentes*. Trad. por Mariola Badiola Dorronsoro (Madrid: Encuentro, 1993) 140.

el sol todas las mañanas porque no se cansa de salir; de suerte que su rutina puede venirle, no de escasez de vida, sino de superabundancia vital. Esto puede observarse muy bien en los niños cuando dan con algún juego que les entretiene. Un niño se pasa horas enteras saltando, y no por falta, sino por exceso de vida. Porque a los muchachos lo que les está sobrando es la vida; porque sus ánimos son libres y audaces y por eso necesitan repetir siempre los mismos actos. Constantemente están gritando: “¡Que lo haga otra vez!” Y las personas mayores tienen que seguir insistiendo una y otra vez hasta que se mueren de cansancio. Porque las personas mayores no son bastante fuertes para regocijarse con la monotonía. Pero parece que Dios sí lo fuera. Tal vez Dios le vuelva a decir al sol todas las mañanas: “¡Que lo haga otra vez!”; y a la luna todas las noches: “¡Que lo haga otra vez!” Si todas las margaritas son semejantes, no hay por qué atribuirlo a una necesidad mecánica. Dios crea cada margarita separadamente, pero nunca se cansa de crearlas. Puede ser que Él tenga el apetito eterno de la infancia. Porque nosotros hemos pecado y envejecemos, pero nuestro Padre es más joven que nosotros...³¹.

5. Una inocencia siempre asociada a la infancia antropológica

Es costumbre casar la inocencia con la infancia³² y disociar ambas de la vejez. Asimismo, las dos son capaces de manifestarse en el plano físico y metafísico. La piel tersa y limpia, suave y rosada de un bebé es manifestación visible de su inocencia y candor invisibles. En cambio, el pellejo arrugado y flácido, cicatrizado y macilento habla de una vejez siempre física, pero que al mismo tiempo puede no ser sólo física sino también interior, espiritual (metafísica). Sin embargo, la senectud física no tiene porqué ser signo de una decrepitud interior. El Dios de la Vida ha dispuesto la naturaleza humana de tal modo privilegiado que a la tierna edad siempre acompañe la inocencia (por naturaleza), y que sin embargo a la edad senil no siempre le siga la decrepitud (por opción). Quizás por esto, Cicerón expresaba su asombro ante la presencia de cierta juventud en algunos ancianos:

³¹ G. K. Chesterton, *Ortodoxia*. Edición basada en Madrid: Casa Editorial Calleja, 1917. Trad. por Alfonso Reyes (Barcelona: Alta Fulla, 2009⁴), 67-68.

³² Cfr. San Agustín, *Sermo* 216, 8: “Vuestra infancia será vuestra inocencia”.

En realidad, aprecio al viejo en el cual hay algo de adolescente, así como al adolescente en el cual hay algo de viejo. Quien sigue este precepto podrá ser viejo de cuerpo, pero nunca de espíritu³³.

Es experiencia cotidiana y experimentada por todos que a los adultos se les enternezca el rostro al entretener su mirada en los gestos sencillos y naturales, sin tapujos, de un niño de muy temprana edad. Hasta al alma más sufrida y endurecida se le dibuja una sonrisa al seguir las inocentes ocurrencias de un infante que se expresa, todavía sin palabras (*in-fans*), por su espontaneidad, por el instinto natural de la obediencia y la bondad. ¿Por qué? Un niño, al ser una creación nueva, tiene todos los atributos de la novedad y la frescura, reinando entre ellos la inocencia. Pero no deja de ser una criatura nueva exclusivamente por el paso del tiempo, sino por perder (paulatinamente) aquella inocencia que le hacía nuevo. Al nacer, el ser humano está colmado de aquella cualidad que pierde más con el acomodamiento en el pecado que con el transcurso del tiempo. Por eso es tan posible como infrecuente y admirable ver a un adulto que conserva aquellas propiedades típicas de la niñez. En definitiva, un niño nos resulta atractivo al espíritu por poseer aún despierto lo que en los adultos ya está dormido o muerto. Por ello, le miremos con el asombro de ver en él lo que un día tuvimos y perdimos.

La sencillez con que el niño actúa y piensa, su pronta aceptación de lo que se le dice, su cariño ingenuo, su confianza franca, su desvalimiento evidente, su ignorancia del mal, su incapacidad para ocultar sus pensamientos, su conformidad, su rápido olvido de los problemas, su capacidad para admirar sin codiciar y, sobre todo, su espíritu de reverencia que mira todas las cosas a su alrededor como maravillas, prendas y figuras del Único Invisible, son todo pruebas de que, por así decir, hasta hace poco se encontraba en un estado de cosas más elevado³⁴.

La inocencia infantil posee un esplendor que suele escapar de la condición adulta, y tanto es así que se podría decir que quien la conserva lo tiene todo, y quien la ha perdido ya perdió todo. Aquí juega un papel principal una

³³ *De senectute XI*, 38. Ed. por Jorge Mainero (Buenos Aires: Losada, 2006): “ut enim adulescentem in quo est senile aliquid, sic senem in quo est aliquid adulescentis probō; quod qui sequitur, corpore senex esse poterit, animo numquam erit”.

³⁴ San John Henry Newman, *Sermón 6: El alma de los niños*, n. 350, 28 de diciembre de 1833, *Sermones Parroquiales/2*. Trad. por Víctor García Ruiz (Madrid: Encuentro, 2012), 78.

potencia del alma: la memoria. Pero no una memoria histórica que recuerda anécdotas vitales sino una memoria más antropológica y antropogónica. De este modo, al ver este espectáculo infantil, es experiencia común que el alma sonrío cuando encuentra en otro la santidad sin esfuerzo, sin aparatosidad, al natural. F. Dostoievsky explica con gran calidad literaria y muy gráficamente en una de sus obras toda esta frescura y ternura presentes en cualquier crío:

Dicen que es muy duro tener hijos. ¿Quién dice eso? ¡Es una felicidad divina! ¿Te gustan los niños pequeños, Lisa? Yo los adoro. Mira, un niño rosáceo que te lame el pecho... pero ¿qué marido no siente que su corazón se derrite por una mujer, cuando le ve dar el pecho a su hijo? Un niño color de rosa, rollizo, que se despereza y hace mil muecas; con los piececitos, las manitas transparentes, las uñitas limpias, pequeñas, tan pequeñas que uno se mata a reír cuando las mira, los ojitos como si ya entendiera todo. Mama, y con su manita te pellizca el pecho, juega. Se le acerca el padre, y él se separa, se echa hacia atrás, lo mira, se ríe, y sólo Dios sabe lo gracioso que resulta, y luego otra vez a mamar. O coge y muerde el pecho de la madre, porque ya le están saliendo los dientecillos y luego tuerce los ojillos mirándole: «¿Ves? ¡Te he mordido!» ¿No es quizá la felicidad total, cuando están los tres juntos, el marido, la mujer y el pequeño? Se pueden perdonar muchas cosas por ratos como éste³⁵.

De modo similar, con gran carga de experiencia lo expresa un cristiano del siglo XX:

Cuando estamos cansados, cuando hemos sido vapuleados y azotados por la vida y de pronto nos acercamos a una cuna a contemplar a un niño y nos rendimos a la magia del niño... ¡Cuántas cosas se despiertan en lo profundo del alma! ¡Cuántos recuerdos de otros tiempos, cuando aún dormían nuestros instintos! ¡Cuántas memorias del paraíso de nuestra propia infancia! ¿Qué es lo que hacía que esa etapa de la vida fuese un paraíso, al menos en el caso del niño católico? Ese trato simple y despreocupado con lo divino, con los ángeles. Eso es algo que subyace en la esencia de todo niño, que nos impulsa expresamente hacia ese Dios que ha estado y obrado así en nosotros. ¡Qué hermoso y encantador es estar delante de un niño sencillo y

³⁵ Fiodor Dostoievsky, *Zapiski iz podpolja*, 1864; edición castellana: *Memorias del subsuelo*. Trad. por Ana Mateos (Madrid: Mestas, 2010³) 119.

contemplar sus ojos llenos de asombro! ¿No tienen entonces la sensación de que la distancia de Dios se ha reducido, que de Él tan sólo nos separa un humilde puentecito? (...)»³⁶.

Sin embargo, lo que hace niño a un niño –yendo más allá de sus cualidades visibles y puras– es su fe y su esperanza en una promesa hecha por alguien superior, virtud ausente a veces en corazones biológicamente jóvenes pero interiormente agotados. La promesa y la esperanza en ella traen diligencia a los corazones. Por otro lado, y de modo análogo, lo que hace anciano a un anciano no son sus arrugas, ni sus estrías, ni sus cicatrices, ni sus canas, ni sus achaques, ni su incapacidad de autosuficiencia; lo que le hace anciano es su falta de esperanza en una promesa intacta que llevaba aguardando desde su juventud, es autoconvencerse de que ya todo está perdido y nada se puede salvar a causa de su edad, de su debilidad y de sus errores. Tal es el caso de Barioná, protagonista de aquella entrañable obra navideña de teatro de Jean Paul Sartre, quien por su desesperanza se asemeja más a una piedra que a un anciano³⁷.

Por otro lado, las limitaciones de la vejez tienden a alejarse de la arrogancia de la edad adulta –que separa a la edad infantil de la ancianidad– que se cree capaz de todo, y proponen la vivencia de una nueva infancia: sentir la dependencia, dejarse hacer de nuevo, seguir creciendo, asumir la realidad como viene, mantener una esperanza viva... Por esto no debe extrañar que el salmista sitúe a “los viejos junto con los niños”³⁸, pues es observable la gran complicidad que existe entre un anciano y un crío: son capaces de entenderse repentinamente con una mirada, comparten un mismo lenguaje sin esfuerzo, gozan de gran sensibilidad hacia el misterio, disfrutan del bien... Así se entiende que el libro de los Proverbios diga que “la corona de los ancianos son los nietos”³⁹. Quien se haya criado entre abuelos lo entenderá. Así como un bosque o un paisaje presenta una belleza peculiar en su amanecer y en su atardecer respecto al resto del día, asimismo el ser humano brilla con particular esplendor en la alborada y el ocaso de la vida.

³⁶ Joseph Kentenich, *Niños ante Dios. La Infancia Espiritual* (Santiago de Chile: Editorial Patris, 1994), 124-125.

³⁷ Cfr. Jean-Paul Sartre, *Barioná, el hijo del Trueno*. Trad. por Tomás Alfaro y José Ángel Agejas (Madrid: Voz de papel, 2006), 144.

³⁸ *Sal* 148, 12.

³⁹ *Prv* 17, 6.

Por todo ello, el Nuevo Testamento presenta al anciano Simeón que mantenía la piedad y la esperanza propias de un infante. El Espíritu Santo le había prometido “que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor”⁴⁰. A pesar de sus años seguía confiando en la *promesa* intacta del Señor, a quien vio en sus últimos días en forma de niño. Debió mantener parte de su niñez para reconocer a Dios Niño, y así poder orar: “Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador”⁴¹. Simeón terminó de hacerse niño al acoger en sus brazos a Cristo Niño. La contemplación de esta escena hizo al Beato Guerrico de Igny escribir lo siguiente dirigiéndose a Simeón: “¡Regocíjate, anciano justo! (...) Abraza, oh santo anciano, la sabiduría de Dios y rejuvenece”.

6. Abraham, el niño nonagenario

Toda la historia del mundo se aclara en un filón
que parte de un hombre de Mesopotamia: Abraham.
(Luigi Giussani)

Pero a partir de ahora nos centramos en el Antiguo Testamento, en la figura de Abraham, a la luz de algunos fragmentos bíblicos y algunas líneas patrísticas. En atención a lo mencionado sobre la esperanza propia del niño, San Pablo explicaba entre líneas a la comunidad de cristianos de Roma cómo Abraham recuperó su inocencia: Pese a su cuerpo “medio muerto” por sus casi cien años y al seno estéril de su esposa Sara, “apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza”⁴² en la *promesa* que le había hecho Dios, “pues estaba persuadido de que Dios es capaz de hacer lo que promete”⁴³. De este modo, por la esperanza volvió a su niñez, y lo vemos concretamente recurriendo al griego de la Septuaginta, donde nos topamos con una paradoja sobre el anciano Abraham, quien, a pesar de sus noventa y nueve años, fue llamado “mi niño” por Dios: “ὁ δὲ κύριος εἶπεν Μὴ κρύψω

⁴⁰ Cfr. *Lc 2, 26*.

⁴¹ *Lc 2, 20*.

⁴² *Rm 4, 18*.

⁴³ *Rm 4, 21*.

ἐγὼ ἀπὸ Αβρααμ τοῦ παιδός μου ἃ ἐγὼ ποιῶ;⁴⁴. San Ambrosio sale al paso de esta paradójica expresión relativa al nonagenario patriarca:

Abraham era viejo, había llegado ya a los noventa y nueve años; ¿por qué entonces lo llama niño? Pero, puesto que lo presenta como olvidadizo de su edad senil, explorador incansable, dispuesto a correr, muy resistente para estar de pie, muy celoso para acompañar, ¿no convenía a todos estos servicios el nombre de niño? Con razón se llama niño a aquél que no conoce el peso de la vejez y manifiesta la inocencia y el respeto propio de una edad joven⁴⁵.

Según la conducta tierna e infantil de Abraham en su senectud, parece que sí se puede recuperar la inocencia. Ahora la pregunta se dirige al cómo se recupera. Para ello, nos detenemos en una palabra de San Ambrosio al referirse a Abraham: “*olvidadizo* de su edad senil”. Esta expresión nos obliga a conectar con San Ireneo. El obispo de Lyon habla de una clase de olvido muy aconsejable para el hombre, que consiste en que, la carne poseída por el Espíritu, *se olvida de sí misma* a fin de asumir la cualidad del Espíritu, hecha conforme con el Verbo de Dios⁴⁶. ¿Qué viene a decir el esmirniota? Que la carne habitada por el Espíritu ya no es dueña de sí, el Espíritu de Dios la ha tomado para ir asimilándola en el tiempo, en la historia, y pasar de las cualidades naturales humanas (corrupción, mortalidad) a revestir las divinas. El olvido de la carne consiste en abandonar la vida y obras según la carne (inclinada) para asumir la vida y obras de Dios⁴⁷. No es un espiritualismo. Tampoco es necesario abandonar la naturaleza carnal para anteponer las

⁴⁴ LXX, *Gn* 18, 17: “Dice el Señor: ¿Acaso ocultaré yo a Abraham, mi niño, las cosas que voy a hacer?” Insertamos el griego de la Septuaginta por no estar presente en la Vulgata Latina ni en las ediciones vernáculas modernas (Biblia de Jerusalén, Biblia de la Conferencia Episcopal Española) la expresión τοῦ παιδός μου (mi niño; en genitivo por la preposición ἀπὸ que rige genitivo). Resulta cuanto menos llamativo que, con el revuelo que se ha formado con las últimas traducciones bíblicas, no se observe esta aposición, de gran importancia para comprender el texto.

⁴⁵ *De Abraham* I, 45. Trad. por Primitivo Tineo Tineo (Madrid: Ciudad Nueva, Biblioteca Patristica 84, 2011). San Ambrosio traduce bien el término τοῦ παιδός μου por *puerum meum* o *mi niño*, y no *filiius meus* o *mi hijo*, como hace alguna traducción moderna.

⁴⁶ Cfr. *Adversus haereses* V, 9, 3, 46-48: “caro a Spiritu possessa, *oblita quidem sui*, qualitatem autem Spiritus assumens, conformis facta Verbo Dei”.

⁴⁷ Cfr. A. Orbe, *Teología de San Ireneo* I, (Madrid-Toledo: BAC – Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo, 1985), 435.

obras propias de Dios a las de la carne. No es menester despreciar la carne para vivir según el Espíritu.

Pero seguimos conjugando las palabras ambrosianas con las ireneanas. Ambrosio hace referencia al olvido de Abraham de su edad senil. ¿Se refiere sólo a la vejez de su edad? Ya hemos hablado de que al principio de la creación el hombre era como un niño, pero al pecar perdió esos tiernos dones que acompañan a la dulzura de la niñez. Así es, el pecado introduce, aun en la adolescencia temprana del hombre, una vejez impropia de su principio y del fin al que está destinado. Pero Abraham se presenta con un comportamiento más propio de un niño que de un viejo: explorador incansable, dispuesto a correr, celoso para acompañar... No se refiere el obispo de Milán sólo a sus competencias físicas sino especialmente al ardor de su corazón, un corazón que previamente al encuentro con Dios ya flaqueaba en la búsqueda y comenzaba a encontrarse agotado y sin esperanza de tanto buscar sin encontrar⁴⁸. El Espíritu del Verbo había dinamizado el cuerpo y el alma de Abraham, y éste volvía a su inocencia, a su candidez primera, con la ilusión de un niño que siempre está dispuesto a correr, saltar, investigar, cantar, jugar... Y como decía un orador latino: “¿qué hay más feliz que la vejez rodeada de inquietudes de la juventud?”⁴⁹ Así se entiende que el mismo Verbo de Dios que alentó a Abraham a retomar su infancia e inocencia, una vez encarnado y hecho hombre, aconsejara también a todos los hombres lo mismo que inspiró en Abraham: ser como los niños. “En verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”⁵⁰. Abraham se hizo niño antes que el Verbo de Dios, pero gracias a Él, por eso soñaba y se regocijaba anticipadamente con la Encarnación, el añiñamiento del Verbo, que un día sería estirpe de Abraham. Así comprendemos mejor el vínculo especial que se apropia Jesucristo con el patriarca ante los judíos: “Abraham, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría”⁵¹.

El orden y proceso de la gracia no avanza del mismo modo que el biológico, de hecho, ambos secundan patrones distintos: en este mundo terreno todos nacemos niños, y su curso natural nos hace declinar en la ancianidad; sin embargo, según la dimensión invisible de la gracia, nacemos viejos por

⁴⁸ Cfr. San Ireneo, *Epideixis* 24.

⁴⁹ Cicerón, *De senectute* IX, 29: “Quid enim est iucundius senectute stipata studiis iuventutis?”

⁵⁰ *Mt* 18, 3; cf. *Lc* 18, 17; *Mc* 10, 15.

⁵¹ *Jn* 8, 56.

el pecado, pero morimos niños si acogemos las continuas invitaciones del Espíritu renovador. Abraham, siendo viejo, se hizo como un niño, como un niño de Dios, alejándose de la vejez de los adultos que lo saben todo. De forma similar se expresaba un poeta francés:

Creemos que los niños no saben nada. Y que los padres y los adultos saben algo. Son los padres, los adultos, los que no saben nada. Y los niños los que saben todo. Pues saben la inocencia primera, que lo es todo⁵².

Volver a ser un niño, nacer *de nuevo* (ἄνωθεν), esto es lo que todavía no entendía el anciano Nicodemo en aquel nocturno diálogo con Jesús. El anciano judío creía que Jesús le hablaba de una metensomatosis⁵³, cuando en realidad se trataba de una metanoia⁵⁴. El estudioso de Abraham no conocía (que esto ya había ocurrido) a Abraham. El estudioso de la Palabra tampoco conocía (que para esto debía unirse) a la Palabra que enterneció a Abraham. Todos los niños manifiestan en su infancia un deseo de hacerse hombres adultos y mayores; sin embargo el P. Joseph Kentenich no ignoraba que el sentido del hombre está en hacerse niño⁵⁵, según las coordenadas evangélicas.

Fue San Agustín, discípulo de San Ambrosio, quien reconoció en primera persona la impotencia de haber querido conocer a Dios sin la voluntad de hacerse pequeño, de volver a ser un parvulillo: *Sed ego dedignabar esse parvulus, et turgidus fastu, mihi esse grandis videbar*⁵⁶. Como el obispo de Hipona era consciente de que la inocencia se suele apartar de las personas no tanto con el paso del tiempo sino especialmente con las malas obras, los pecados, directamente exhortaba a sus neófitos a no perderla para tampoco tener que recuperarla: “Debéis mantener esta inocencia sin perderla al crecer”⁵⁷.

No le hacía falta al poeta Juvenal ser cristiano para adivinar en los niños algo digno de la más absoluta reverencia, algo que deberían conservar con los años, pero que desgraciadamente pierden, eso que los cristianos llaman

⁵² Ch. Péguy, *El misterio de los Santos Inocentes*, 136-137.

⁵³ Desplazamiento, transposición del cuerpo (al seno materno en este caso).

⁵⁴ La metanoia es un término que en el evangelio hace referencia a la conversión. Etimológicamente significa un giro, un movimiento de la mente, del corazón como sede principal de las mociones del hombre.

⁵⁵ Cfr. J. Kentenich, *Niños ante Dios. La Infancia Espiritual*, 76.

⁵⁶ *Confesiones* III, 5, 9: “Pero yo desdeñaba ser pequeñuelo, e hinchado de orgullo, me consideraba grande”.

⁵⁷ *Sermo* 353, 1

santidad e inocencia, y que le hizo reconocer en su tratado de oratoria: *maxima debetur puero reverentia*⁵⁸.

Así, el patriarca Abraham fue un hombre justo, pero no inmaculado. Sin ser perfecto, reformó su mente por progresos graduales, comenta San Ambrosio de Milán⁵⁹. No fue una hazaña estoica, sino una proeza del Verbo en dulce amistad con el patriarca. Por esto precisamente se nos presenta como ejemplo de quien, aun en su ancianidad, ha olvidado la vejez del pecado, las tendencias propias de una carne inclinada, y ha reconsiderado –con la ayuda del Verbo– la inocencia primera, tan propia de los niños como de la vida del Espíritu, dejando invadir una carne envejecida por un Espíritu rejuvenecedor, un Espíritu nuevo⁶⁰ que, con el Verbo, hace nuevas todas las cosas⁶¹. Tampoco Abraham, como *niño*, sabía demasiado, pero su corazón era presto y dócil a la Palabra de Dios, al Verbo. Por esto, la historia del primer patriarca, además de mover a la fe, también nos mueve a la esperanza, puesto que en él ya se cumplió lo que también al resto de hombres se ha prometido. Gracias al patriarca, el cristiano puede orar lo que rezaba Romano el Melode: “Oh, alma mía, ten confianza al contemplar ahora a Abraham, escapando de la ancianidad y rejuveneciendo”⁶². Incluso Kierkegaard, en medio de sus peregrinas divagaciones sobre la fe, señala que Abraham era joven porque creyó, (...) pues sólo quien cree conserva una eterna juventud⁶³.

Consciente de que este movimiento interior del corazón hacia la infancia entraña asimismo un movimiento hacia la ternura y la dulzura, la delicadeza, Clemente de Alejandría explica lo que significa ser niño, ser párvulo:

Ahora conviene que nos detengamos en el nombre de *népios* [párvulo]: no se refiere a los que carecen de inteligencia, que son los *nepútios* [necios]. El *népios* [párvulo] es un *ne-épios* [neodulce], porque *épios* es el que tiene sentimientos delicados y *ne-épios* es el que ha adquirido de nuevo un carác-

⁵⁸ *Sátira XIV*, 47: “Al niño se le debe la máxima reverencia”.

⁵⁹ Cfr. *De Abraham II*, 2, 5: *et ideo per gradus et incrementa se colligit*.

⁶⁰ Cfr. *Ez 36*, 26-27.

⁶¹ Cfr. *Apoc 21*, 5: *Ecce nova facio omnia*; cfr. *Epístola del Pseudo-Bernabé* 6, 13. Ed. por J. J. Ayán (Madrid: Ciudad Nueva, Fuentes Patristicas 3, 1992), 176-177: “ἰδοῦ, ποιῶ τὰ ἔσχατα ὡς τὰ πρῶτα” (“He aquí que hago lo último como lo primero”).

⁶² *Himno XXVIII*, 1. Trad. por Marcelo Merino Rodríguez (Madrid: Ciudad Nueva, Biblioteca Patristica 92, 2013).

⁶³ Cfr. S. Kierkegaard, *Temor y temblor*. Trad. por Vicente Simón Merchán (Madrid: Alianza, 2016), 82.

ter dulce y afable. (...) El «párvulo» es dulce⁶⁴; de ahí que sea más ingenuo, delicado, sencillo, sin doblez, sincero, recto y justo en sus juicios; estos rasgos son característicos de la sencillez y de la verdad. *¿Hacia quién, pues, volveré mis ojos –dice la Escritura– sino hacia el ser dulce y apacible?*^{65, 66}

Y más adelante, continúa felicitándose de esta peculiaridad de los cristianos. Al alejandrino no le cuesta presumir de la particular y eterna jovialidad de los cristianos:

Regocijémonos de [llevar] este título. Párvulos son, en efecto, los espíritus nuevos que han recobrado la razón en medio de la antigua locura, y se sitúan en el horizonte del Nuevo Testamento (...). Nosotros tenemos la fecunda abundancia de la edad joven, la juventud que no envejece⁶⁷; en ella nos sentimos plétóricos de fuerzas para alcanzar la gnosis, siempre jóvenes, siempre delicados y siempre nuevos; porque los que participan del nuevo Logos han de ser nuevos⁶⁸.

7. La descendencia de Abraham reaprende el camino de la inocencia

El corazón viviente de la Sagrada Escritura reseña que Abraham pudo ser el primero, pero no el único en esta larga tradición de la inocencia que todos vamos recuperando con la asistencia del Espíritu. El patriarca abre una posibilidad al género humano de reaprender la inocencia, la docilidad, la prontitud, la obediencia y todas aquellas virtudes que envuelven de esplendor al niño. De hecho, en la *Epístola de Bernabé* se le llama niño junto

⁶⁴ En griego: ἡπιος οὐν ὁ νήπιος. Como se ve, el alejandrino relaciona ingeniosamente fonológicamente la infancia con la dulzura.

⁶⁵ *Is* 66, 2.

⁶⁶ *Stromata* II, 101, 2. Ed. por M. Merino Rodríguez (Madrid: Ciudad Nueva, Fuentes Patrísticas 10, 1998).

⁶⁷ Según los editores, Marcelo Merino y Emilio Redondo, “parece una velada crítica a la teoría de la metemosis propugnada por algunos gnósticos heterodoxos. Para nuestro autor, la eterna juventud del ser humano se manifiesta en el trato con Dios, que en la vida presente no es otra cosa que vivir conforme a su divina pedagogía”; cfr. *Pedagogo*. (Madrid: Ciudad Nueva, Fuentes Patrísticas 5, 2009²), 115, nota 84.

⁶⁸ *Pedagogo* I, 20, 2-3.

con Isaac y Jacob⁶⁹. Le secundó su hijo Isaac. Lo que Abraham ante Dios, lo fue Isaac ante Abraham.

Y hoy le siguen muchos otros hijos en la Iglesia, descendientes de Abraham en la fe –y en la inocencia–. Así lo manifiesta el libro del Apocalipsis manifestando el testimonio limpio de unos cuantos mártires de Sardes que han retomado la blancura de sus vestiduras. El color blanco es signo de renacimiento, indica la participación en la resurrección y vitalidad de Cristo, y así se invita a todo hombre a abandonar las estructuras de pecado que arrebatan la inocencia:

Tienes en Sardes unas cuantas personas que no han manchado sus vestiduras, y pasearán conmigo en blancas vestiduras, porque son dignos. El vencedor será vestido de blancas vestiduras, no borraré su nombre del libro de la vida y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles⁷⁰.

Sin embargo, Laodicea hace tanto que perdió su inocencia y manchó sus vestiduras que no siente necesidad de nada, hasta el punto de no sentir su propia desnudez. Es un sentimiento común que la desnudez pública se vuelve una vergüenza intolerable para quien quiere para sí la intimidad de la persona que ama. Dios subraya su desnudez para que admita el consejo y establece implícitamente una correlación entre la desnudez y las vestiduras oscurecidas por el pecado. Parece que vestirse con sucias prendas es a fin de cuentas lo mismo que estar desnudo. Vista esta negrura de sus telares y de su vida, Dios propone una vuelta a lo cándido del bautismo, de la vida que comienza.

Te aconsejo que me compres (...) vestiduras blancas (ἱμάτια λευκά) para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez⁷¹.

⁶⁹ Cfr. *Epístola del Pseudo-Bernabé* VIII, 3-4.

⁷⁰ *Ap* 3, 4-5. La cuestión de la vestidura tiene una gran carga teológica y antropológica en la Biblia, y de un modo especial en el Apocalipsis, donde aparecen muchos textos haciendo referencia a los ropajes de personajes que aparecen. Se trata de un lenguaje muy gráfico. La vestimenta –portada, puesta o quitada– adquiere una importancia particular en el cuadro de la teología simbólica. Más sobre la vestimenta en Ugo Vanni, *Lectura del Apocalipsis. Hermenéutica, exégesis, teología*. (Pamplona: Verbo divino, 2005), 49-51.

⁷¹ *Ap* 3, 18. El color blanco, en la simbología neotestamentaria y apocalíptica, hace alusión a la novedad de la Resurrección, al candor de la santidad, a la pureza e inocencia, al abandono de las estructuras pertenecientes a la oscuridad.

Así, todavía el cristiano es alentado por todos estos hijos que siguieron este camino de inocencia de Abraham, como los creyentes del duodécimo monte que describía Hermas:

Son *como niños* (ὡς νήπια) recién nacidos a cuyo corazón no sube ninguna maldad; no conocieron qué es la iniquidad sino que permanecieron siempre en la inocencia (νηπιότητι). Los tales habitarán, sin duda, en el Reino de Dios porque en ningún asunto mancillaron los mandamientos de Dios, sino que en este mismo sentimiento permanecieron con inocencia (νηπιότητος) todos los días de su vida. Los que permanecéis y sois como niños sin maldad, seréis más gloriosos que todos los que han sido mencionados anteriormente. Pues todos los niños son gloriosos ante Dios y los primeros en su presencia. Bienaventurados vosotros los que apartáis de vosotros la iniquidad y os revestís de inocencia (ἀκακίαν). Viviréis para Dios los primeros de todos⁷².

Asimismo, como ejemplo de esta tradición de la inocencia, contamos en nuestros días con el testimonio reciente de otro anciano que tanto disertó y luchó por recuperar aquella inocencia originaria, San Juan Pablo II, quien el 3 de mayo de 2003 en Cuatrovientos, ante miles de jóvenes españoles se calificaba como “un joven de ochenta y tres años”.

Conclusión

Nos ocupó una cuestión antropológica común a todo hombre: no ya sólo la pérdida de la inocencia común a todos, sino la común posibilidad de recuperarla con la asistencia del Espíritu Santo. Vapuleados por el pecado y las propias inclinaciones emanadas del mismo, todos anhelamos aquella condición originaria de la que se nos privó, que asimismo perdimos, y que, a menudo, dándola por perdida, desistimos de recuperar. En este breve trabajo nos movió vocear la esperanza de volver a ser niños, aún en la edad adulta, aún en la ancianidad, aún después de toda la corrupción posible de la que es capaz el pecado en cada ser humano. Urge que ésta no sea sólo la conclusión de estas páginas sino también la experiencia de quienes las lean y de quien las escribe. No todo está acabado. Nunca es tarde para recuperar aquellas

⁷² *El Pastor de Hermas, Comp. IX, 29, 1-3.*

dulces mociones que tiempo ha, además de hacernos niños, nos hacían santos e inocentes ante el Dios que se regodea en esa inocencia propia de la tierna edad y en quien durante el paso del tiempo la mantiene.

Bibliografía

Anderson, Carl y José Granados. *Called to Love. Approaching John Paul II's Theology of the Body*, Doubleday. New York 2009; versión castellana: *Llamados al Amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*. Burgos: Monte Carmelo, 2012².

Biblia de Jerusalén. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2009.

Cicerón. *De senectute*. Editado por Jorge Mainero. Buenos Aires: Losada, 2006.

Chesterton, Gilbert Keith. *Ortodoxia*, edición basada en la de Madrid: Casa Editorial Calleja, 1917. Traducido por Alfonso Reyes. Barcelona: Alta Fulla, 2009⁴.

Clemente de Alejandría. *Stromata*. Editado por Marcelo Merino Rodríguez. Madrid: Ciudad Nueva, Fuentes Patrísticas, 1998.

Clemente de Alejandría. *Protréptico*. Editado por Marcelo Merino Rodríguez. Madrid: Ciudad Nueva, Fuentes Patrísticas 21, 2008.

Clemente de Alejandría. *Pedagogo*. Editado por M. Merino Rodríguez y Emilio Redondo. Madrid: Ciudad Nueva, Fuentes Patrísticas 5, 2009².

De Navascués Benlloch, Patricio. *Inocencia en los orígenes del cristianismo africano, Almogaren 54*, (2014 junio), 21-39.

Dostoievsky, Fiodor. *Zapiski iz podpolja*, 1864; edición castellana: *Memorias del subsuelo*. Traducido por Ana Mateos. Madrid: Mestas, 2010³.

El Pastor de Hermas. Editado por J. J. Ayán. Madrid: Ciudad Nueva, Fuentes Patrísticas 6, 1995.

Epístola del Pseudo-Bernabé. Editado por J. J. Ayán. Madrid: Ciudad Nueva, Fuentes Patrísticas 3, 1992.

Filón de Alejandría. *De opificio mundi*. En Philonis Alexandriani, *Libellus De Opificio mundi*, Editado por Leopoldus Cohn. Vratislaviae: 1889; *Filón de Alejandría*. Obras completas, vol. I. Traducido por Francisco Lisi. Editado por José Pablo Martín. Madrid: Trotta, 2009.

Lactancio. *Instituciones divinas*. Traducido por E. Sánchez Salor. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos 137, 1990.

Kentenich, Joseph. *Niños ante Dios. La Infancia Espiritual*. Santiago de Chile: Editorial Patris, 1994.

Kierkegaard, Sören. *Temor y temblor*. Traducido por Vicente Simón Merchán. Madrid: Alianza, 2016.

Langa, Pedro. «Antropología patrística en los relatos de la Creación», en *Masculinidad y feminidad en la Patrística*, editado por Domingo Ramos-Lissón, Pedro-Juan Viladrich y Javier Escrivá-Ivars, 193-235. Pamplona: Instituto de Ciencias para la Familia y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1989.

Orbe, Antonio. *Antropología de San Ireneo*. Madrid: BAC, 1969.

Orbe, Antonio. *Teología de San Ireneo I*, BAC – Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo, Madrid-Toledo 1985.

Péguy, Charles. *Le mystère des Saints Innocents*; versión castellana: *El misterio de los Santos Inocentes*. Traducido por Mariola Badiola Dorronsoro. Madrid: Encuentro, 1993.

Procopio de Gaza. *In Genesim*. PG 87, 164BC.

Guardini, Romano. *Ética. Lecciones en la Universidad de Munich*. Traducido por Daniel Romero y Carlos Díaz. Madrid: BAC, 1999.

Romano el Cantor, *Himnos/1*, 1. Traducido por M. Merino Rodríguez. Madrid: Ciudad Nueva, Biblioteca Patrística 91, 2012;

Romano el Cantor. *Himnos/2*; Traducido por M. Merino Rodríguez, Madrid: Ciudad Nueva, Biblioteca Patrística 92, Madrid 2013.

Romero Pose, Eugenio. *Raíces cristianas de Europa*. Madrid: San Pablo, 2006².

San Agustín. *Confesiones*. Editado por Ángel Custodio Vega. Madrid: BAC, 1955.

Sermones

San Ambrosio. *De Abraham*. Traducido por Primitivo Tineo Tineo. Madrid: Ciudad Nueva, Biblioteca Patrística 84, 2011.

San Ambrosio. *Expositio in Lucam*. Editado por Manuel Garrido Bonaño. Madrid: BAC, 1966.

San John Henry Newman, *Sermón 6: El alma de los niños*, n. 350, 28 de diciembre de 1833, Sermones Parroquiales/2. Traducido por Víctor García Ruiz (Madrid: Encuentro, 2012).

San Ireneo. *Epideixis*. Editado por Eugenio Romero Pose. Madrid: Ciudad Nueva, Fuentes Patrísticas 2, 2001².

San Ireneo. *Adversus haereses*. Editado por A. Rousseau y L. Doutreleau. Paris: Cerf, Sources Chrétiennes 211, 1974).

San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*. Editado por José Oroz Reta y Manuel-A. Marcos Casquero (Madrid: BAC, 2004).

San Juan Pablo II, *Catequesis 16*; 30 de enero de 1980. En *Hombre y mujer los creó*. Madrid: Cristiandad, 2010².

Sartre, Jean-Paul. *Barioná, el hijo del Trueno*. Traducido por Tomás Alfaro y José Ángel Agejas. Madrid: Voz de papel, 2006.

Teófilo de Antioquía. *Ad Autolycum*. Editado por José Pablo Martín. Madrid: Ciudad Nueva, Fuentes Patrísticas 16, 2004.

Tertuliano. *De Pallio*. Editado por Marie Turcan. Lyon: Sources Chrétiennes 513, 2007.

Tertuliano. *Apologeticum*. Traducido por Julio Andiñón Marán. Madrid: Ciudad Nueva: Biblioteca Patrística 38, 1997.

Vanni, Ugo. *Lectura del Apocalipsis. Hermenéutica, exégesis, teología*. Pamplona: Verbo divino, 2005.

RESEÑAS

Accrocca, Felice, *Francisco ayer y hoy. Vida y actualidad del santo de Asís* (EK) 270; **Amunarriz Urrutia, Antxon**, *Teología Franciscana en el medioevo* (MAEA) 250-251; **Andueza Soteras, José Manuel**, *Jesús y los esenios. Una excusa para pensar desde Jesús* (FMF) 252; **Baqués, Marian**, *En el camino. Siete miradas diversas desde la educación* (MAEA) 280; **Batiz, Jacinto**, *Cuestiones sobre la Eutanasia. Principios para cuidar la vida de quien sufre* (MAEA) 279; **Calduch-Benages, Nuria** (coord.), *San Pablo y las mujeres* (FMF) 245; **Colom, Martí**, *La tristeza del zelota* (MAEA) 281; **Elzo, Javier**, *¿Tiene futuro el cristianismo en España? De la era de la cristiandad a la era postsecular* (LOT) 271-272; **Fredriksen, Paula**, *Pablo el judío. Apóstol de los paganos* (JFCM) 246; **Fuster Camp, Ignasi**, *Persona y bien. Fundamentos antropológicos de la ética* (MASP) 269; **Gómez-Acebo, Isabel**, *Las discípulas de Jesús* (MAEA) 282; **Hernández Carracedo, José Manuel**, *La caracterización de Jesús en las notas del narrador del evangelio de Juan. Una guía de lectura para el relato* (FMF) 247-248; **Horno P.** (Coord.) González E., Ruiz C., Moñino C., *Poniendo alma al dolor* (MAEA) 273-274; **Inogés Sanz, M^a Cristina**, *Susurros de angustia y amor* (MAEA) 283; **Iribarnegaray, Teresa**, *En el centro, Jesús. Lectura existencial del Evangelio de Mateo* (FMF) 249; **Kabasha, Gaétan**, *Una mano invisible. De seminarista en el exilio a sacerdote de Cristo* (MAEA) 284; **Martinelli, Paolo** (a cura di), *La Teología Spirituale oggi. Identità e missione* (FHD) 253; **Martínez Fresneda, Francisco**, *Francisco de Asís y la salvación* (FHD) 275-276; **Martínez García, J. M.**, *El movimiento ecuménico y el diálogo interreligioso* (FHD) 254; **Martínez Cano, Silvia**, *Teología feminista para principiantes* (MMGG) 255; **Martínez Gordo, Jesús**, *Entre el Tabor y el Calvario. Una espiritualidad "con carne"* (FEA) 256-258; **Pikaza Ibarrodo, Xabier**, *Felices vosotros: las bienaventuranzas* (BPA) 259-260; **Puig, Armand**, *El Sacramento de la Eucaristía. De la última cena de Jesús a la liturgia cristiana antigua* (LQG) 261-262; **Saranyana, Josep-Ignasi**, *Historia de la teología cristiana (750-2000)* (FMF) 263-265; **Schmemann, Alexander**, *¿Dónde está, muerte, tu victoria?* (FMF) 266; **Somavilla, Enrique OSA**, *XXIII Jornadas Agustonianas, El papel de la mujer en la Iglesia* (MMGG) 277-278; **Vázquez Jiménez, Rafael**, *La reforma de la Iglesia a la luz del movimiento ecuménico* (FHD) 267-268.



INSTITUTO TEOLÓGICO DE MURCIA OFM
Servicio de Publicaciones

